

HISTORIAS PORRIFACENSES

Son historias irreales que nunca existieron y que espero no existan nunca. En ellas trato de narrar, de una manera cómica y en grandes pinceladas, hechos que ocurren día a día, expresiones, giros, modos y malas maneras de hablar que oigo de vez en cuando en la calle, en los bares, tascas, mesones y otros garitos de buen y mal vivir, sin olvidar cualquier medio de comunicación, ya sea la televisión, radio, prensa, cine y más modernamente Internet.

Puedo garantizar con total seguridad que muchas de las expresiones aquí reseñadas son reales, auténticas y ciertas, oídas *en directo*; otras son como me las contaron; otras, bromas en las que juego con las palabras y algunas que parecen raras, son ciertas, auténticas, reales y están en el diccionario de la lengua de la RAE. Ustedes, que son inteligentes, sabrán cuáles son.

Agradezco a todas las personas que, sin saberlo, me han dado la idea de escribir este singular libro gracias a sus malas palabras, giros o expresiones mal dichas. Palabras que antiguamente no estaban en el diccionario de la RAE y ahora, afortunada o desgraciadamente, ya se contemplan. Siguiendo esa línea ahí van estas historias y esas palabras que hoy día suenan mal, pero que a lo mejor pasado un tiempo ya no lo harán. Pondré un ejemplo: *zotroco*, palabra que me surgió sin querer hace años, que significa lelo, torpe, papón, cerrado,

inepto, bobalicón, ingenuo, berzotas y cosas por el estilo, pero todas ellas buenas.

Y si desean hacerse ricos gramaticalmente, de una manera total, eficaz y producir una explosión gramatical en España, solo hace falta incluir toda esta magnífica, pero inútil y desesperante obra, en el diccionario que ustedes elijan. ¿Por qué no hacerlo? Si un ignorante, una ministra y un cómico casi lo consiguen; yo, que soy... un..., ¡que también lo soy!, puedo lograrlo.

Además de esto, esta inservible, improductiva y estéril obra debería entrar en el Libro Guinness de los récords mundiales, puesto que no hay libro en el mundo que diga más tonterías y torpezas por centímetro cuadrado que este.

Con la esperanza de que esto no sea posible y sea solo una irrealidad me despido, deseando que se rían un poco y pasen un rato agradable, pues este es el fin de este *antilibro*.

Dripeto Franedmunsen

¡ATENCIÓN!: AVISO DE SEGURIDAD

Se pone en conocimiento general a todo atrevido, osado, intrépido, resuelto y temerario lector; leyente, leyenta; leedor o leedora y/o descifrador, que corre un gran peligro, serio riesgo y amenaza real de quedar turulado, pasmado, estupefacto, aturdido, apesadumbrado, boquiabierto, patidifuso y alelado leyendo esta novela, cuento, fantasía, guasa, ficción, quimera, burla, comedia, broma, bufonada, sainete, parodia, paradoja, chanza, ironía, mordacidad, sarcasmo, mofa, humor, gracia y/o chiste.

Al que lo consiga, ¡pobriño!, no se le garantiza la entrega de medalla alguna, vítores, laureles, aclamaciones, ni cantos de alabanza y/o similares.

Ya saben: "El que avisa, no es traidor". ¡Avisados están!

LIBRO MUY RECOMENDADO PARA:

- 1) Hablar de mal en peor uno de los idiomas más ricos gramaticalmente y el segundo idioma del mundo: el español.
- 2) Suspender constantemente los exámenes de gramática española.
- 3) Estudiantes extranjeros que no quieran aprender, estudiar y/o adquirir conocimientos de la lengua castellana.

EL AUTOR: DRIPETO FRANEDMUNSEN

Escritor modesto y sencillo, de origen humilde, nacido hace años cuando su madre lo trajo al mundo, allá en las estepas de más allá, al norte de unas tierras muy lejanas situadas en la lejanía. Franedmunsen forjó su carácter, personalidad, identidad y su manera de ser desde una edad muy madrugadora y de joven siguió forjando tanto que ya era tonto cuando lo tomaba tinto. Fue a la escuela, pero no asistía casi nunca, prefería jugar con las ranas y hablar con los pajaritos, aunque estos nunca le contestaban, por muy pesado que se pusiera algún “maduro” suelto que hay por ahí. ¡Los pajaritos no hablan, papón!, le decía su madre; a él, no al maduro zotroco.

Leía mucho, eso sí. Prospectos de los supermercados, anuncios de todo tipo y hojas de instrucciones para encender y apagar la televisión o cómo subir y bajar una persiana, entre otros.

Embarcó de marinero en la Armada y era tanta su curiosidad que un buen día estando de guardia le dio a una palanquita que había en un cañón, este hizo ¡pum! y lo licenciaron sin más contemplaciones por dejar al comandante sin bigote.

Después se dedicó a vender neveras, frigoríficos y helados de chirimoya en el Polo Norte, pero cambió y prefirió sacar provecho vendiendo estufas, calentadores y mantas en el desierto del Sáhara.